

sertó esta anécdota en su *Salud de Origenes* no tuvo vergüenza de corroborarla con el testimonio de Spizelio, quien la habia repetido en su *Scrutinio atheismi* p. 135. Pero Spizelio confesaba que él la sabia de un tal Marchand; y este mismo Marchand no la habia citado mas que apoyándose sobre la autoridad del P. Binet. Antes de él, no la hallaban en parte ninguna; y este Jesuita, que no vivió sino mas de un siglo despues de Maquiavelo, no era creible sobre un hecho no solamente ignorado de sus contemporaneos, sino tambien desmentido por ellos mismos tan formalmente como podia serlo, segun ahora mismo lo veremos.

Sin embargo el tan infatigable como poco juicioso compilador Teofilo Raynaud, igualmente jesuita, vino á acoger este cuento, á realzarle y acreditarle en sus *Eroteremata de bonis et malis libris*, publicados en el año de 1658. Pero no tenia él mas fundamento que el testimonio, ó por mejor decir la pérfida invencion de su hermano Binet.

Emulos los jesuitas de Baviera del protestante augsburgues Spizelio, vecino suyo, obraban en ello mas vivamente todavia que

sus hermanos de Francia, contra la memoria de Maquiavelo. Los de Ingolstat llegaban en su odio hasta el grado de hacer quemar un maniquí al que habian dado su nombre, y pegado un rótulo infamante destinado á justificar este auto de fe. En él se leian las siguientes palabras: *Quoniam fuit homo vaser ac subdolos diabolicarum cogitationum faber, optimus cacodæmonis auxiliator*: es tratado así, « porque fué un hombre trapacero y astuto, un inventor de diabólicos sistemas, y el mejor auxiliar del peor demonio (del paganismo). » Refiere este hecho Apóstolo Zenon en las notas que él añadió á las obras de Fontanini, (tom. 1, pag. 207.)

Quando el prelado portugues Osorio, que murió en el año de 1580, impugnó á Maquiavelo en su libro *De Nobilitate Christiana*, se habia visto movido á ello con el ejemplo y quizas sugestiones de Ambrosio Catherin Politi, y lo habia hecho de oidas, sin haber leído á nuestro autor. Lo que lo prueba, es que él le hacia cargo de haber dicho que la religion cristiana extingue toda elevacion de ánimo, toda virtud civil y militar. Ahora bien,

Maquiavelo habia afirmado todo lo contrario como lo hemos mostrado ántes y como cualquiera puede convencerse de ello leyendo el capítulo 2 del libro II de sus *Discursos sobre las Décadas de Tito-Livio*.

Tomas Bozio, P. del oratorio de Roma, escribió tambien contra Maquiavelo uno ó dos años despues del P. Possevin, y como para ponerse en competencia con él. Pero la confesion que él hace en sus escritos, nos inclina á creer que no tuvo mas motivo que el del jesuita de quien era competidor. Confesó que no habia tomado la pluma mas que por orden de la Corte romana. Para complacer pues á esta, publicó él en los años de 1594 y 1595 su volumen: *de antiquo et novo Italiae statu*, libri IV, *adversus Nicolaum Machiavellum*, en que se empeñó en refutar aquella opinion demostrada por Maquiavelo que « la Italia no hubiera experimentado los horrendos desastres á que se habia visto entregada, si en ella los papas no se hubieran vuelto soberanos temporales, ni adquirido la inmensa dominacion terrena que los pontificados de Gregorio VII y Alejandro VI les habian proporcio-

nado. Bozio se esforzó á probar que la Italia no habia sido nunca mas floreciente, feliz, y fecunda en varones insignes, que desde que los pontífices eran soberanos poderosos en ella. Daba por prueba de esto el tiempo en que él vivia, y en el que escribia estas lisonjas con arreglo á las miras de Clemente VIII (1).

(1) Tiraboschi, en su *storia della letteratura italiana* (lib. III n.º 37), indica la otra obra de Bozio, *de Ruinis gentium*, impresa en Roma el año de 1596, y en Colonia el de 1598, como tambien la que fué especialmente dirigida contra Maquiavelo, aunque el título de la primera testifica lo contrario. Pone despues en el número de los escritores italianos, que le impugnáran bajo el manto de la religion, á Gerónimo Muzio, en su *Gentiluomo o sia della nobiltá*; á Juan Bottero, en su *Ragion di stato*, y él mismo le trata de un modo bastante deshonoroso. Pero desde luego Tiraboschi, en su calidad de jesuita, no podia expresarse apénas de diferente modo que sus hermanos con respecto á Maquiavelo; y añadia despues bien en balde estos dos autores para abultar la lista de sus impugnadores. Muzio, que habia movido empeños en Roma hácia el fin del año de 1549, para

Estos son los sugelos del clero, que, en diferentes tiempos, impugnáron á Maquiavelo con escritos, en ninguno de los cuales, todo bien considerado, no hay ni aun visos de una verdadera refutación. Los seculares que se declaráron por adversarios suyos, les lleven á lo menos la superioridad de haberse esforzado realmente á refutarle. Hemos mostrado ya que el protestante Gentillet aspiró á ello; pero se sabe que él era mas que sospechoso

tener, con preferencia á cualquiera otro, el encargo de escribir las circunstancias del concilio, á que se debió el Papa Julio III, Muzio, al que fué apasionado este Pontífice, hubiera podido escribir contra Maquiavelo, sin que Maquiavelo dejara de llevar realmente razon, y mayormente que era de un humor muy contencioso. Crescimbeni y Maffei dicen, que toda su vida buscó disputa á los demas sobre las mayores menudencias, y aun sin utilidad: *egli quistionó fin che visse anche per minime ad infruuose cagioni* (Stor. della volgar poesia, lib. II; — *Scienza cavaleresca*, lib. II. 67). Petrarca, Guichardin, Varchi, Tolomeo, y aun el buen Flaminio, fueron maltratados tambien por Muzio; y los tiros que él dirigió contra Maquiavelo, eran sumamente débiles. Lo que él le-

en los motivos que le dictáron su Discurso contra nuestro autor. Aun confesó en la dedicatoria que hizo al duque de Alençon, gefe de los sublevados, que él no le habia compuesto mas que para vengarse de Catalina de Médicis, por que ella aconsejaba al rey severas providencias contra ellos, manifestando al mismo tiempo sumo aprecio á las obras de su compatriota Maquiavelo. Los calvinistas, á fin de desacreditar mejor á este protector de

echó en cara mas vivamente, fué el haber hecho la profesion de las armas superior á la de las letras. En cuanto á Botero, si él habia hablado mal de Maquiavelo, no deberíamos extrañarlo, supuesto que habia sido jesuita, y que habia conservado en tanto grado las ideas de los jesuitas, que en su muerte, acaecida el año de 1617, los hizo herederos suyos. Sin duda las máximas de la politica de Botero difieren de las de Maquiavelo, pero «no es, dice el honrado Corniani, mas que discurriendo en la quimérica hipótesis de que los hombres son tales como deberian ser. Maquiavelo, por el contrario, los habia considerado tales como ellos son realmente»; y esta reflexion es indispensable para juzgar rectamente su doctrina. (*Secoli della letter. Italiana*, tom. VI, pág. 395).

los tronos, vertieron la voz de que no se debia la matanza del dia de San Bartolomé mas que á las máximas explanadas en sus obras; y esta voz bastaba para hacerle odioso, como lo notó el presidente de Thou. (Hist. lib. 52.)

De allí á breve tiempo, fué vivamente impugnado Maquiavelo por otro protestante frances, igualmente fugitivo, y á causa tambien de que era el patrono de los reyes. Quiero hablar de aquella famosa declaracion de guerra, que se les hizo en el año de 1579, con el título de *Vindiciæ contra tyrannos*, y nombre pseudónimo de *Stephanus Junius Brutus Celta*. Al informarnos Bayle de que este *Junius Brutus* era aquel Huberto Languet, natural de Viteaux en Borgoña, que habiéndose pasado á Sajonia por amor al luteranismo, contrajo allí una estrecha amistad con Melancton, confiesa que él no escribió estas *Vindiciæ* mas que para saciar su odio contra Enrique III. El autor mismo confesó en su prólogo, que le habia movido á componer esta obra el resentimiento que él experimentaba de ver prevalecer en Francia la autoridad del monarca sobre la fuerza de los rebeldes.

Hemos hecho observar ya que durante los reinados de Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV, se respetó y aun admiró Maquiavelo en vez de denigrarle. Unicamente en el año de 1720, y aurora de nuestro siglo de rebeliones contra la potestad de los reyes, se vió encendida de nuevo la guerra contra él. No contento Bayle, á cuyo impío sistema convenia hallar ateistas en todos los hombres célebres de las edades anteriores, con recoger, en su voluminoso diccionario, cuanto los jesuitas habian dicho calumniosamente para hacer aborrecible á Maquiavelo como un hombre irreligioso que habia expirado con las horrendas ideas del ateismo, tuvo el descaro de confirmar esta mentira con la autoridad supuesta de un autor que decia cabalmente lo contrario. Las *Anécdotas de Florencia*, por Varillas, eran, segun dicho de Bayle, el libro en que él habia sabido que Maquiavelo no recibió á su muerte los sacramentos de la Iglesia, mas que por haberle precisado á ello los magistrados. Que nuestros biógrafos, copiantes de Bayle, se refieran á este fraudulento aserto, y le tengan por verídico, lo extrañamos poco, y

nos compadecemos de aquellos cuya opinion ellos extravían; pero el que, zeloso de juzgar por sí mismo, abra la obra de Varillas, de la que indicamos la pág. 165, si es la edicion hecha en la Haya por Arnould Liers en el año de 1687 que se tiene, y que Bayle no podia menos de conocer, se convencerá de esta excesiva mala fe. La relacion de Varillas se halla concorde con un monumento particular, de que él no habia podido tener conocimiento. Descubrióse despues de aquella era en los archivos de la familia Nelli, de Florencia, el original de la carta que Pedro, hijo de Maquiavelo, despues de haber asistido á sus postreros instantes, escribió á su primo Francisco Nelli que se hallaba á la sazón en Pisa, para contarle las circunstancias del fallecimiento de su padre. En esta carta, en que reina toda la familiaridad y franqueza acostumbradas entre amigos y cercanos parientes, le decia, entre otras muchas particularidades domésticas, de ningun modo discordantes con esta, y como un hecho muy natural con que él debia contar: « Ha confesado á nuestro padre el P. Mateo, que le ha hecho compa-

nía hasta su postrer aliento. » Esta carta se insertó por el canónigo Baldini, bibliotecario mayor de la célebre biblioteca *Laurenziana*, de Florencia, en el prólogo de su *Collectio aliquot veterum monumentorum*, Xict., impresa en Arezzo en 1732.

Como Bayle, que no pasó en silencio ninguno de los calumniosos absurdos de los jesuitas contra Maquiavelo, queria referir, sin avergonzarse, el cuento del P. Binet, concerniente á la pretensa vision de este insigne estadista, se prevaleció de la mencion que Francisco Hottman habia hecho de él en su epístola 99. Pero no caminó aquí Bayle de mejor buena fe que en su primera cita de Varillas; porque Hottman no habla sino con indignacion de esta anécdota, mostrando que él temia verla repetida en una edicion que se hacia entónces de las Obras de Maquiavelo, en Pernes cerca de Basilea.

Si se exceptúan los compiladores biógrafos á quienes Bayle sirvió de modelo, guía, y oráculo con frecuencia, no se quedaban en la Francia, para impugnar á Maquiavelo los escritores que se llamaban políticos ó filóso-

fos, por mas franceses que ellos eran. Iban ántes á pónerse en cierto modo bajo la salvaguardia de los extrangeros, y de los extrangeros á los que ellos tenian por mas imbuidos en las máximas contrarias al interes de nuestros monarcas, reconociendo en ello que era por lo mismo hacer la guerra á su trono y autoridad.

Voltaire no faltó á esta precaucion, quando quiso publicar el *Exámen critico del Libro del Príncipe*, aquel *Anti-Maquiavelo* que él hizo atribuir al rey de Prusia Federico II, aunque sin atribuírsele él mismo con una nominal especificacion. Escogió él Londres, en que habia hallado ya muchos partidarios, quando precisado anteriormente á expatriarse á causa de su espíritu de independenciam y de su osada irreligion, publicó allí aquel famoso poema, en que, en versos imitados de Teodoro de Beza (*Mors Ciceronis*), deploraba tan pomposamente el trágico fin de Coligny. Fué allí donde en el año de 1740, despues de haber venido á dar en Paris su *Bruto*, y en visperas de hacer representar tambieu su *Mahometo*, publicó el *Anti-Maquiavelo* de que tratamos.

Esta produccion, á la que dejó vislumbrar un afecto maternal en él prólogo de que la acompañó, esta muy distante de merecer el título de una solida refutacion. No hace ella mas que repetir lo que las precedentes habian dicho, ni tomó mejor que ellas, el *Libro del Príncipe* en el sentido con que se habia compuesto: le disfama mas bien que le impugna. Voltaire, en su prologo, procedió del mismo modo con respecto á la justificacion que Amelot de la Houssaie habia hecho de Maquiavelo. Desviándose siempre de la mente real de esta apología, no empleó casi contra ella mas que sofismas y sarcasmos.

El año de 1740, bajo este aspecto como bajo otros muchos, debe notarse en la historia de las calamidades que la filosofía de la libertad atrajó sobre la Francia, hácia el fin del siglo décimo octavo. Comenzó á hacerse mas general en ella desde entónces la pasion contra Maquiavelo, sin que ninguno se dignase ó supiese leerle. A excepcion de algunas buenas almas á las que la escuela de los PP. Binet, Raynaud, Lucchesini, Ribadeneyra y Possevin habia hecho ciegameute apasionadas contra

él, el mayor número se dejaba llevar de aquellos filósofos modernos que se habían constituido por maestros. Se repetía en todas partes con arreglo á ellos, que Maquiavelo es el preceptor y modelo de todos los vicios reunidos; aun su nombre llegó á ser de oídas el tipo de la horrenda combinacion de los mayores delitos; y con un tan pérfido error se dejó llevarla Francia hácia aquella horrenda revolucion, en que los calumniadores de Maquiavelo se reconocieron á sí mismos, en sus acciones, por los inventores de la atroz combinacion que le habían imputado ellos tan hábilmente. Hemos demostrado cuanto les importaba apartar de las miradas de todos un libro, en que se hallaban indicados los preservativos contra los males que sus sistemas de independencia y rebelion nos preparaban.

Subsiste todavía el error, porque hubiera sido necesario, para hacer estos cotejos, poder leer al texto mismo de Maquiavelo, en que solamente se puede juzgarle bien, y cuya perfecta inteligencia no está al alcance mas que de un cortísimo número de Franceses. Ningun autor de nuestros dias emprendió

desvanecer esta ilusion anti-monárquica, y aun quizas hay muchos que se empeñaron en hacerla mas fuerte todavía. Aquí, el aviso *Attendite á falsis prophetis qui veniunt ad vos in vestimentis ovium*, suministra una segura regla para apreciar su sinceridad é intenciones. Echando á un lado á los detractores que no son mas que materiales ecos, y á los serviles compiladores de quienes todo hombre juicioso se desconfía naturalmente, no temo decir: Si entre los escritores hay algunos hácia cuya ciencia su reputacion inclina vuestra confianza, ved sus obras en aquellos calamitosos tiempos que acabamos de pasar; *A fructibus eorum cognoscetis eos*. Reconoceréis infaliblemente que ellos fuéron acalorados partidarios y zelosos apóstoles de aquella calamitosa revolucion, con que fué destruido el trono cuya restauracion bendicimos hoy dia, y cuya seguridad pedimos.

FIN DEL APÉNDICE.